

La construcción de subjetividades políticas antifranquistas en Gipuzkoa (1965-1975)

Xavier Mínguez Alcaide¹ y Leire Amenabar Larrañaga²

Recibido: 26-08-2020 // Aceptado: 05-09-2022

Resumen. El estudio presenta un acercamiento transdisciplinar a los procesos de subjetivación política que se dieron en miembros de organizaciones antifranquistas clandestinas en el territorio de Gipuzkoa (Euskadi/ País Vasco), entre 1965 y 1975. Para ello, se realizaron 15 Producciones Narrativas individuales con 5 mujeres y 10 hombres que participaron en organizaciones sociales, sindicales y políticas en dicho periodo. Las Producciones Narrativas fueron analizadas por categorías y vinculadas con literatura historiográfica y en ciencia política, trazando un relato transdisciplinar de la subjetivación política antifranquista. Los resultados muestran procesos de subjetivación política que transcurren a través de procesos de socialización, desde la infancia hasta la juventud, los cuales se insertan en la tensión entre el régimen franquista instituido y los espacios instituyentes del antifranquismo vasco, mostrándose una subjetivación política que implica la integración de elementos psicosociales, culturales y políticos a través de la experiencia política concreta. Ello nos lleva a observar dichos procesos de subjetivación como un fenómeno dinámico y complejo, caracterizado por la recursividad entre cuestiones personales y fenómenos sociales y estructurales ligados a lo político.

Palabras clave: subjetivación política; antifranquismo; psicología social; transdisciplinariedad; producciones narrativas.

[en] The anti-franquist political subjectivities construction in Gipuzkoa (1965-1975)

Abstract. The paper presents a transdisciplinary approach to the processes of political subjectivation that occurred in members of clandestine anti-Francoist organizations in the territory of Gipuzkoa (Euskadi / Basque Country), between 1965 and 1975. For this, 15 individual Narrative Productions were carried out with 5 women and 10 men who participated in social, union and political organizations in that period; said Narrative Productions were analyzed by categories and linked to historiographic and political science psychosocial literature, tracing a transdisciplinary account of anti-Francoist political subjectivation. The results show processes of political subjectivation that take place through processes of socialization, from childhood to youth, which are inserted in the tension between the instituted Franco regime and the instituting spaces of Basque anti-Francoism, showing a political subjectivation that implies integration of psychosocial, cultural and political elements through concrete political experience. This leads us to observe these processes of subjectivation as a dynamic and complex phenomenon, characterized by the recursion between personal issues and social and structural phenomena linked to the political.

Keywords: Political subjectivation; anti-Francoism; social psychology; transdisciplinarity; narratives productions.

Sumario: 1. Introducción. La subjetividad política desde una perspectiva dinámica. 2. Método. 3. Resultados. 4. Reflexiones finales. 5. Bibliografía.

Como citar: Mínguez Alcaide, X y Amenabar Larrañaga, L. (2022). La construcción de subjetividades políticas antifranquistas en Gipuzkoa (1965-1975). *Polít. Soc. (Madr.)* 59(3), 71205. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.71205>

Agradecimientos

Nuestro más sincero agradecimiento a todas las personas que lucharon contra el fascismo en Gipuzkoa, especialmente a aquellas que nos han regalado sus vivencias, conocimientos y sentimientos. Gracias por la experiencia del pasado, la esperanza en el futuro y los ojos del presente.

¹ Universidad del País Vasco (España)

E-mail: xavier.minguez@ehu.eus

² Universidad del País Vasco (España)

E-mail: leireagate.amenabar@ehu.eus

1. Introducción. La subjetividad política desde una perspectiva dinámica

El desarrollo de la subjetividad política es un proceso dinámico, complejo, no-lineal, basado en la multicausalidad y la recursividad entre lo social y lo personal. La cultura, las dinámicas sociales y el momento político y económico están presentes en la organización subjetiva de las personas en términos políticos y, a su vez, el propio sujeto participa de la construcción del propio espacio cultural, social y político desde la experiencia individual y colectiva. Desde esta óptica, la subjetividad no es el reflejo del mundo, sino la producción simbólico-emocional de la experiencia en él y con los otros dentro de él; un proceso donde el sujeto se apodera de sí mismo desde la autorreflexividad mientras construye realidades sociales e históricas con otros significativos (Bonvillani, 2017). A la hora de explicar la estructura de la subjetividad, González-Rey (2008, 2012, 2013) aporta el concepto de sentidos subjetivos, esto es, la existencia de unidades simbólico-emocionales dinámicas, sujetas al lenguaje, la interacción y la experiencia en momentos históricos, culturales y políticos concretos, que se integran de manera dinámica en configuraciones subjetivas mayores a través de las cuales las personas significamos la realidad. Esta visión integrativa y multinivel aporta una concepción compleja de la unicidad psíquica y la subjetividad que evidencia la interdependencia de lo contextual y lo psicológico (González-Rey y Mitjans, 2016). En este marco, cobra especial relevancia, por un lado, el papel de lo emocional en la construcción de sujetos políticos *sentipensantes*, ya que juega un papel central en la movilización social y la acción política (Sabucedo *et al.*, 2011; Van Zomeren, 2021), y por otro, el fenómeno de la identidad colectiva (Tajfel y Turner, 1986). Al respecto, Melucci (1995) señala que la construcción simbólica de la realidad social que surge desde la interacción, la organización y la acción colectiva se entronca con procesos de elaboración de identidades colectivas. Estas se articulan bajo sentimientos de pertenencia, creencias, valores y significados que se desarrollan en prácticas sociales, las cuales permiten la construcción de movimientos que construyen realidad social y política.

Lo político es un fenómeno dinámico resultado del movimiento constante entre lo instituido y lo instituyente. En esta tensión entre las fuerzas hegemónicas del orden y las fuerzas alternativas del cambio, se desarrollan los procesos de subjetivación política (Martínez y Cubides, 2012). Las autoras señalan que lo instituido empuja hacia la reproducción del *statu quo* mediante mecanismos de dominación y sujeción que reproducen lo estructural, y los símbolos, valores y normas culturalmente establecidos, enraizando una determinada hegemonía política (Gramsci, 1981). Por su parte, lo instituyente emerge en espacios donde se cruzan saberes diversos que desarrollan experiencias, crean formas de resistencia, generan alternativas desde la acción y articulan nuevos patrones simbólicos y conductuales para establecer situaciones sociopolíticas no existentes previamente. En estos procesos, las dinámicas de vinculación, participación y acción donde se configuran alternativas y emergen nuevas colectividades y subjetividades de lo político están sujetas a los límites impuestos por las herramientas de lo instituido, como pueden ser el impulso de mecanismos de obediencia y conformidad social para mantener el consenso, y la utilización de la represión, todo ello con tal de imposibilitar el desarrollo de subjetividades e identidades contrahegemónicas, y fracturar la creación de nuevos tejidos sociales donde se genera lo instituyente desde la movilización y la acción colectiva (Adra *et al.*, 2020; Carrasco, 2022).

Con todo, podemos decir que la subjetividad política es un sistema discursivo, representacional y emocional complejo, que se desarrolla en el marco de procesos macro (como la estructura política, la cultura y el sistema económico y laboral) y microsociales (como la socialización en la familia, la escuela y el entorno inmediato). Estas conexiones complejas entre factores psicológicos y políticos nos llevan a plantear la necesidad de superar los márgenes disciplinarios, y tratar de integrar múltiples marcos para comprender el cómo y el qué de la subjetividad política, desde el pensamiento complejo y la transdisciplinariedad (Morin, 1995; Nicolescu, 2002). Esta posición nos plantea el reto de un abordaje metodológico que integre las dimensiones cognitivas y emocionales con la acción y la experiencia en espacios de subjetivación y procesos organizativos donde se comparten necesidades, deseos, victorias y derrotas de lo político en momentos históricos concretos (Martínez y Cubides, 2012).

En el presente trabajo, acercarnos a la lucha antifranquista desde la óptica de la subjetivación política nos permite abordar el fenómeno desde una perspectiva compleja y transdisciplinar, ya que nos conduce a entrelazar elementos psicológicos, sociales y culturales que la determinaron, así como los factores característicos de lo instituyente y lo instituido, en el caso de este último, el franquismo. Este régimen fascista, con características *sui generis* ligadas a la historia política, social y cultural del Estado español, emergió en el marco de los fascismos europeos como reacción a los avances sociales impulsados por la II República, y asentó el modelo nacional-católico a partir de un entramado político, militar, económico y religioso (Gallego y Morente, 2005; Saz, 2004). El control social del régimen se empezó a agrietar durante los años 60, con un crecimiento exponencial de la resistencia antifranquista (Ysàs, 2007), en la que se inserta el presente trabajo.

2. Método

La epistemología cualitativa de González-Rey (2012, 2013; González-Rey y Mitjans, 2016) señala la posición activa del investigador/a en la construcción de conocimiento desde una actitud constructivista, interpretativa y

dialógica, lo que convierte a los instrumentos de recogida de datos en recursos para hacer fluir los espacios comunicativos de la investigación. En este marco, la legitimidad del conocimiento y la experiencia de lo singular y único en cada participante emergen como elementos fundamentales del abordaje de la subjetividad. Desde la singularidad y el carácter dialógico de la investigación, las personas son sujetos de investigación que, desde un lugar social particular, expresan el hilo que une su historia personal, sus prácticas políticas y el contexto donde se producen, exponiendo todos los elementos presentes en sus procesos de subjetivación política.

Siguiendo esta lógica, la epistemología feminista realiza un aporte metodológico coherente con la necesidad de generar conocimiento a partir del diálogo con sujetos legitimados. El método de las producciones narrativas (PN) es una propuesta emergente en las ciencias sociales críticas que consiste en generar textos/narrativas sobre el fenómeno social objeto de estudio a partir del encuentro, el diálogo y la interpelación entre participante/s e investigador/a (Balasch y Montenegro, 2003; Gandarias Goikoetxea y García Fernández, 2014), reconociendo que se habla desde un lugar y un momento histórico concreto, y asumiendo que el conocimiento se produce desde la parcialidad que supone la articulación entre sujeto investigador/a y aquello investigado. En las PN, el papel del investigador/a no es recoger de manera explícita las palabras de la persona participante, sino construir un texto que represente la forma con la que esta quiere trasladar su visión sobre el fenómeno de estudio, haciendo que las personas *hablen* y generen distintas verdades.

En este estudio sobre la subjetivación política antifranquista en el territorio vasco de Gipuzkoa durante el último periodo del Franquismo, participaron 15 personas con quienes se realizaron sendas PN. El conjunto de participantes estuvo compuesto por 5 mujeres y 10 hombres nacidos entre 1940 y 1955, todos ellos participantes de organizaciones sociales, sindicales y/o políticas clandestinas que luchaban activamente contra la dictadura en el tardofranquismo, entre 1965 y 1975, entre ellas las JOAC (Juventudes Obreras de Acción Católica), Herri Gaztedi, CCOO (Comisiones Obreras), asociaciones vecinales, EGI (Eusko Gaztedi Indarra), PCE-EPK (Partido Comunista de España–Euskadiko Partidu Komunista), ORT (Organización Revolucionaria de los Trabajadores), OIC (Organización de Izquierda Comunista), EMK (Euskadiko Mugimendu Komunista) o las diferentes asambleas y escisiones de ETA (Euskadi ta Askatasuna), como son ETA IV, ETA-Berri, ETA V, ETA VI, ETA VI-LCR, ETA(m), ETA(pm).

Para realizar las PN, se llevaron a cabo sesiones individuales donde se dialogó sobre los aspectos claves de la vida de las personas en la construcción de su subjetividad política. Para ello, se usó el formato de historia de vida para rescatar los elementos fundamentales de subjetivación política durante la infancia en la familia y la escuela, los procesos de socialización juvenil y la militancia clandestina, teniendo en cuenta elementos del contexto político y cultural, características de los espacios de participación y militancia, y elementos de carácter simbólico-representacional y emocional.

De este modo, la construcción de los relatos partió de cuestionar cuáles eran los elementos que habían marcado su subjetividad política en las diferentes etapas señaladas. El rol del investigador se adaptó a la singularidad de cada participante, ayudando al desarrollo del relato mediante el reflejo, la reformulación, la aclaración y la introducción de elementos para conectar elementos macro, meso y simbólico-emocionales. Las entrevistas fueron realizadas en su totalidad por el mismo investigador, con el apoyo de una segunda investigadora en 5 de ellas, y se realizaron en casa de las personas participantes, o en la faculta de Psicología de la UPV/EHU.

A partir de estas conversaciones, el propio investigador realizó una primera propuesta de texto, y esta fue revisada de manera conjunta con cada participante hasta que reflejó la visión que quería trasladar sobre su subjetividad antifranquista, siendo cada PN el acuerdo entre participante e investigador. El conjunto de PN se analizó a partir del análisis paradigmático de contenido de tipo fenomenológico (Lieblich, Tuval-Mashiach y Zilber, 1998). Para ello, en cada época vital, se establecieron categorías en busca de temas comunes, teniendo en cuenta lo simbólico-emocional, lo relacional, lo sociocultural y lo estructural, con tal de llegar a puntos de encuentro y divergencias a la hora de dar inteligibilidad a la subjetivación política en la familia, la escuela, los procesos de socialización juvenil, la militancia en organizaciones antifranquistas clandestinas, además de la vivencia de la represión. En la dinámica teórico-práctica y transdisciplinar del trabajo, el conocimiento aportado por el conjunto de participantes se trianguló con fuentes bibliográficas en historia y ciencia política sobre el franquismo y antifranquismo, con el fin de desarrollar los aspectos macro y meso y vincularlos con factores psicosociales presentes en la subjetivación política antifranquista en la Gipuzkoa del tardofranquismo.

3. Resultados

Siguiendo lo planteado en el apartado metodológico, los resultados del estudio se presentan de manera cronológica mediante un relato transdisciplinar que entrelaza procesos políticos históricos y elementos psicosociales fundamentales de la subjetivación política antifranquista. Así, el apartado nace con los procesos de subjetivación política durante la infancia, sigue con la constitución de subjetividades clandestinas, poniendo el énfasis en los acontecimientos históricos, los procesos de socialización política juvenil y la participación en organizaciones de oposición al régimen, para finalizar con los elementos que dieron una centralidad vital absoluta al hecho de ser militante antifranquista.

2.1. Elementos de subjetivación política antifranquista en la infancia

La infancia de las personas participantes se produjo en el pleno franquismo, entre 1945 y 1960. Tras la victoria de la sublevación militar en 1939, la recién establecida dictadura ejerció una represión generalizada contra todo vestigio republicano, y estableció un régimen totalitario sustentando en el fascismo religioso representado por el nacionalcatolicismo. El entramado formado por la oligarquía urbana, los terratenientes, el ejército, el falangismo y la jerarquía católica extendió el control social a todos los ámbitos de la sociedad, desde el trabajo hasta la escuela y los núcleos familiares, e impuso un Estado social de terror sobre la base de la violencia y de una moral católica totalitaria y excluyente que pretendía aniquilar el pensamiento político, la ideología y la cultura, generando una sociedad sumisa y obediente (Martínez Zauner, 2016). En el transcurso de esta “paz franquista”, el régimen transitó de una situación de depresión económica y aislamiento internacional, a ser aliado de EE. UU. durante la Guerra Fría tras el acuerdo económico y militar de mediados de los años 50. En este tránsito, se produce un incipiente despegue económico, ya que hasta 1950, se habla de una auténtica depresión tras la que se produjo una paulatina industrialización, y con ella, la llegada masiva de inmigrantes de otras zonas del Estado a Euskadi, con una progresiva suburbialización de los cinturones de las principales ciudades y pueblos (Castells *et al.*, 2018).

Las familias de los testimonios se colocan en espacios sociopolíticos nacionalistas y republicanos que perdieron la guerra civil y sufrieron la represión franquista. La subjetivación política incipiente en el seno de las familias, se dio en un continuo de situaciones familiares cuyos polos fueron, por un lado, el silencio absoluto, y por otro, la transmisión directa del nacionalismo, el republicanismo o el socialismo en la vida cotidiana. La guerra, la represión y el régimen de control franquista generaron un trauma sociopolítico y un clima emocional de terror, miedo y resignación, resultando en un silencio social que se manifestaba en las familias. En estos casos, la socialización política se daba de manera indirecta, sin que los progenitores mencionaran sus posiciones, creencias e ideología, sino a través de comentarios puntuales y de historias familiares ligadas a la guerra y la represión, que los niños/as representaban simbólicamente como posiciones contrarias al régimen y a la Iglesia, en un marco afectivo de miedo y dolor, y que resultaba en una suerte de transmisión silenciosa de la memoria resistente (Romera, 2015). Sobre esta cuestión, MA08 indica: “No hablaban claro. Teníamos que interpretar lo que decían. Y como en muchas otras casas, ese esfuerzo interpretativo, en lugar de impedir la conciencia antifranquista, la reforzaba. Diría que era una *transmisión oculta o indirecta*”.

En el otro polo, nos encontramos con procesos de subjetivación política marcados por una socialización política familiar de carácter explícito, con la sucesión de actos comunicativos de la vida cotidiana y experiencias militantes de progenitores y hermanas/os, que generaron un entramado simbólico-emocional antifranquista desde los inicios de la conciencia política. Entre estas prácticas comunicacionales está la construcción de relatos sobre la II República, sobre la cultura vasca, el euskera, el nacionalismo vasco y el Gobierno vasco en el exilio, sobre los valores socialistas y republicanos, y también sobre la guerra civil, la represión de la postguerra y el papel del ejército, la oligarquía y la Iglesia en la construcción del entramado de poder franquista. Sobre ello, MA10 afirma: “En nuestra casa no había ningún tabú para hablar de política, es más, la política nos entusiasmaba. Hablábamos muy abiertamente de todo.... Los domingos a la tarde, solían venir unos diez-doce amigos de mi padre a casa, y se hablaba sobre política. Se convirtió en una tradición. La política era ‘el tema’ y quedaban para conspirar”.

Además de lo señalado, podemos destacar tres elementos importantes en el proceso de subjetivación política de las niñas y niños que en su juventud serían militantes antifranquistas. En primer lugar, la precariedad social y económica que vivían las familias, ya fuera en el mundo rural o en el contexto urbano barrial/suburbial surgido de la nueva ola industrializadora, se transmitía de manera directa mediante representaciones simbólico-emocionales arraigadas en la conciencia de clase. Por otro lado, en el marco del antifranquismo nacionalista, la transmisión de la cultura vasca y el euskera conectaba a los menores con una comunidad identitaria reprimida por el carácter etnocéntrico radical del nacionalcatolicismo (Romera, 2015). En tercer lugar, el papel de la religión y la Iglesia en la conformación de la subjetividad antifranquista, ya fuera por la progresiva secularización y el discurso anticlerical en la familia, o por la recepción del discurso de curas nacionalistas y obreros que eran reforzados por el relato familiar. Sobre esto último, MA07 dice: “Solía asistir a la misa que celebraba Patxi Altuna todos los domingos en la iglesia de los Jesuitas de la calle Andia, y lo hacía atraído por el tono de resistencia que tenían sus sermones... me gustaba el lema de que la reivindicación de la libertad nacional coincidiera con la de la liberación social”. De este modo, podemos observar cómo, desde la infancia, se elaboraron relatos antifranquistas ligados a la razón social y a la razón nacionalista desde experiencias familiares.

Además de la familia, la escuela también fue un espacio donde se dieron procesos de subjetivación política iniciática. El sistema educativo republicano fue depurado de manera violenta por el franquismo, y se implantaron las doctrinas del episcopado español y la Falange bajo un modelo pedagógico autoritario y dogmático basado en los valores, discursos y prácticas fascistas características del nacionalcatolicismo (De Pablo Lobo, 2007). Esta purga no afectó solo a profesores laicos, sino también a religiosos que no compartían la complicidad de la Iglesia con el fascismo en España. Algunos de estos escaparon de la “limpieza” de la educación y transmitieron al alumnado una visión humanista desde prácticas educativas diferentes que contribuyeron al de-

sarrollo de su subjetividad política. Sobre ello, MA11 afirma: “Los jesuitas estaban ideológicamente divididos en dos bandos: jóvenes y mayores. Los jóvenes empezaron a mostrar su apoyo a la democracia y eran antifranquistas, mientras que la mayoría de los ancianos seguía defendiendo el régimen franquista... Este movimiento surgió como consecuencia del ambiente y los debates que generó el Concilio Vaticano II”.

El modelo educativo autoritario generó los sujetos que necesitaba el régimen para su perpetuación, pero también propició el desarrollo de una conciencia política temprana, de carácter contestatario y basada en valores democráticos y/o laicos, en menores que escuchaban mensajes contradictorios en la escuela y en casa, y que elaboraron políticamente la injusticia de la violencia en acciones y prácticas políticas que llevaron a cabo en el ámbito escolar. Así, MA04 señala: “La violencia contra los chavales en la escuela, el acoso, el meter la mano por debajo del pantalón, la sutileza que muchas veces utilizaban para perpetrar abusos... Recuerdo la rabia y el odio que uno sentía por la injusticia, y eso me llevó a apartarme, a pensar que ese no era mi espacio... Fue en los jesuitas los principios de mi socialización política, en el sexto curso, un grupo de compañeros nos juntamos para hacer un acto contra las rígidas reglas de la escuela. Un compañero y yo entramos en la sala de multicopistas, imprimimos el texto, y a la hora del patio echamos desde la ventana los panfletillos. Se puede decir que fue mi primer acto”.

Niñas y niños fueron segregadas por la escuela franquista, rompiendo con los avances republicanos en términos de igualdad, y proyectando los valores heteropatriarcales que caracterizaban la ideología del régimen, que ligaba a la mujer a la subalternidad de lo doméstico y reproductivo (González Pérez, 2009). Según MA01, “Las monjas nos enseñaban lo que nos ‘correspondía’ como mujeres, las tareas de la casa, coser, bordar, planchar”.

El mantenimiento de espacios educativos alternativos a los patrones del nacionalcatolicismo, no segregados y realizados en euskera, fue uno de los focos de resistencia de la razón nacionalista y republicana en Euskadi desde el fin de la guerra civil. A medida que avanzaron los años 50 y, sobre todo, tras la aprobación de la Ley de Educación de 1970, el movimiento de las *Ikastolas* se configuró como uno de los ejes centrales del frente cultural contra el franquismo (Delgado, 2014). Sobre ello, MA07 dice: “Mis padres hicieron una gran apuesta al enviarnos a una Ikastola, en una época en la que el franquismo tenía mucha fuerza. La Ikastola era ilegal, todo era clandestino, en una casa a escondidas. Percibíamos que había un ambiente extraño, que algo no era normal con respecto a lo que había alrededor, ya que los demás iban a los frailes o a las escuelas nacionales”.

La experiencia en la escuela de muchos menores que se convirtieron en militantes antifranquistas no fue mala; tienen buenos recuerdos de su paso por la enseñanza, y de las amistades y personas significativas con las que construyeron su infancia. No todos/as fueron obligados a cantar el Cara al Sol, ni a recitar el evangelio delante de compañeros/as, ni castigados por hablar en euskera, incluso algunos recibieron clases en euskera por parte de monjas y curas que transitaban por un camino diferente al que marcaba la jerarquía eclesiástica española.

En resumen, observamos que el único elemento común a todos los testimonios es el haber nacido en familias de tradición republicana que perdieron la guerra y sufrieron la represión. Al margen de esta cuestión, la subjetivación política antifranquista iniciática aparece modelada por aspectos diversos que se muestran de manera diferencial en los testimonios. Entre ellas, la manifestación directa o indirecta de una actitud de oposición al franquismo en las familias, la transmisión de valores y prácticas ligados a la razón nacionalista o a la razón obrera/republicana, o vivencias escolares que permitían generar un universo simbólico y práctico sobre el franquismo y la oposición a este.

2.2. Socialización juvenil y subjetivaciones políticas desde la clandestinidad

El tardofranquismo fue una etapa donde, a nivel social, se produjo la coexistencia de la complicidad con el régimen, la inactividad política y la actividad antifranquista (Ysàs, 2007). La incapacidad del franquismo para hacer frente a las crecientes demandas populares, unida a la división interna entre reformistas e inmovilistas, se puede asociar al repliegue represivo que caracterizó un periodo de grandes cambios estructurales en la economía y la sociedad española (Romera, 2015). Tras la entrada de capital extranjero, principalmente estadounidense, tras la firma de los Pactos de Madrid de 1953, el País Vasco tuvo un progresivo crecimiento industrial, y recibió el éxodo rural que se produjo en diversas provincias del Estado español. En esta situación se (re)construyeron un universo simbólico-cultural y un conjunto de prácticas de movilización, y se generaron procesos de subjetivación política antifranquista basados en la creencia de poder terminar con el régimen desde la acción colectiva y la movilización popular revolucionaria (Martín García, González Madrid y Ortiz Heras, 2009).

La subjetivación política de la militancia antifranquista de finales de los 60 y los 70 se elaboró dentro de procesos históricos que influyeron de manera determinante en las personas. Ligado a la razón obrera, se menciona la influencia de las luchas obreras de los años 50, la ola huelguista iniciada en Asturias en 1962 y la acumulación de experiencias en Gipuzkoa durante los años 60, lo que llevó al movimiento obrero del territorio a generar nuevas formas de organización, acción y elaboración subjetiva, provocando un gran crecimiento de la conflictividad laboral (Buces y Aguirre, 2018; Ysàs, 2008). Sobre ello, MA02 apunta: “Pero después ya empezaron las grandes huelgas en Asturias, en Bilbao, etc. Y en Guipúzcoa, en el 69 hubo una gran huelga en

Zumarraga, los trabajadores de Orbeago. Hicimos una reunión fuera de nuestra empresa para recaudar dinero para ayudar a los trabajadores de Orbeago. Me tocó llevar el dinero a Zumarraga. Contactamos con el cura y él nos llevó al lugar para entregar el dinero, algunos trabajadores estaban encerrados en la iglesia. Pasamos mucho miedo”.

Por otro lado, ligado a la razón nacionalista, en 1964 se retomó la celebración del Aberri Eguna dentro del Estado español (Casquete y De la Granja, 2012). Estos fueron actos con una participación creciente en los que se lanzaban reclamos políticos nacionalistas, democráticos y antifranquistas, y donde muchos militantes experimentaron situaciones de gran impacto para el desarrollo de su subjetivación política, con la realización de acciones reivindicativas de carácter colectivo, la vivencia de la represión, y el desarrollo de creencias políticas, todo ello con una gran carga emocional. En este sentido, MA04 dice: “Fui al Aberri Eguna de 65 y fui detenido. En 1967 se convocó el Aberri Eguna en Pamplona y se propuso ir haciendo pintadas por el camino. Fuimos de Alegia a Amezketa primero a pie y de allí a Lekunberri, con el bote de pintura en la mochila y las manos muy manchadas”.

Según los testimonios, los acontecimientos históricos que tuvieron una mayor trascendencia en la subjetivación política antifranquista fueron los que se produjeron en el marco del estado de excepción de 1968-1969 y el proceso de Burgos de 1970. En la IV asamblea de ETA celebrada en 1965, la organización planteó por primera vez una estrategia político-militar, explicitando la necesidad de generar una espiral de violencia acción-reacción-acción que condujera al País Vasco a una guerra popular prolongada contra el Estado español (Casanova, 2007; Lizarralde, 2012). Este planteamiento fue confirmado en la V Asamblea de 1966-67. La hipótesis de ETA consistía en realizar acciones violentas para generar una respuesta represiva generalizada del régimen que afectara no solo al entorno de ETA, sino a cualquier vestigio de oposición de corte civil, nacionalista u obrero. Esta hipótesis se cumplió durante el año 1968, especialmente tras los acontecimientos del 7 de julio, donde se produjeron las muertes del guardia civil José Antonio Pardines y del miembro de ETA Txabi Etxebarrieta y, sobre todo, tras la ejecución de Melitón Manzanos, jefe de la Brigada Político-Social en Gipuzkoa, el 2 de agosto. Al hilo, MA12 dice: “El asesinato de Txabi Etxebarrieta tuvo lugar estando nosotros en Éibar, y fue el detonante que hizo movilizar al pueblo... Para cuando llegó la hora de la misa, la anteiglesia estaba llena de policías, pero nosotros les hicimos frente y allí comenzaron las cargas y las fugas. No nos detuvieron, pero por la noche vinieron a casa y nos llevaron al cuartel. Nos molieron a palos”.

Como hemos visto, la postura represiva del régimen fue muy notable durante la primavera de 1968, pero lo fue mucho más tras decretarse el estado de excepción el 3 de agosto. Con gran parte de la población percibida como sospechosa, la represión directa se volcó sobre los que participaban o simpatizaban con organizaciones antifranquistas, quienes padecieron registros domiciliarios y detenciones con periodos de incomunicación y tortura, además de aquellos que fueron encarcelados o desterrados. Durante el año 1968, 56 personas fueron desterradas, 279 personas detenidas, 107 procesadas por el Tribunal de Orden Público, 21 condenadas en consejos de guerra, y alrededor de 100 fueron torturadas, siendo este el pico máximo de torturas durante la dictadura, a excepción del año 1975 (Buces y Aguirre, 2018; Etxebarria, Martín Beristain y Pego, 2017). Sobre ello, MA09 dice: “Así transcurrió el año 1968: endurecimiento de la represión, multitudes en las manifestaciones y en las encerronas. Durante este tiempo, además, hubo situaciones de excepción en las que muchos ciudadanos se tuvieron que exiliar durante tres o cuatro meses... Los encarcelados eran también cada vez más numerosos. Bastaba con ayudar a alguien, hacer un poco de propaganda o cualquier otra tontería de nada para que fuera juzgada por los militares y sufriera una condena sin medida. Por supuesto, la detención implicaba la tortura, y no precisamente ligera”.

El régimen daba señales de agotamiento, con divisiones en su interior, y necesitaba proyectar fortaleza, dando un golpe al movimiento nacional y obrero en el País Vasco. En el marco de este repliegue represivo, se inició un proceso de detenciones de militantes de ETA durante 1968 y 1969, que terminaría en el juicio de Burgos de diciembre 1970, con 16 miembros de ETA acusados por la muerte de Melitón Manzanos, a quienes se pedían 752 años de cárcel y 6 condenas de muerte. Según todos los testimonios, este proceso histórico determinó la subjetivación política de esta generación de antifranquistas. Al hilo, MA12 señala: “El proceso de Burgos me impactó especialmente con esas seis condenas de muerte contra presos vascos. En las calles, durante varios días se sentía terror y rabia al ver a los grises apaleando a la gente”.

Este juicio aceleró la crisis del régimen con un ciclo de movilizaciones y huelgas jamás visto durante la dictadura. El juicio fue una plataforma para lanzar reivindicaciones nacionalistas, obreras y democráticas, y mostrar la falta de libertades y la persecución política y cultural ante la opinión pública internacional (Salas, 2019). El impacto en la subjetividad política de muchos jóvenes fue notable, ya que se produjeron masivas movilizaciones de solidaridad donde convergieron la construcción simbólica y la acción antifranquista. Fueron experiencias colectivas de solidaridad y lucha con una gran carga emocional compuesta por el miedo a la represión y la cólera provocada por esta, la ilusión y la esperanza de terminar con el régimen, y el orgullo y la identificación de pertenecer al antifranquismo. La oposición antifranquista logró articular una respuesta unitaria contra el Proceso de Burgos, propulsando la creencia de que el franquismo podía ser derrotado desde la lucha de las clases populares. El sentido de posibilidad mediante la lucha colectiva y el incremento de la

movilización dieron un espaldarazo a las organizaciones políticas y sindicales antifranquistas, quienes vieron ampliada su base militante y su capacidad de organización y movilización obrera, popular y nacionalista.

El impacto de la represión en la subjetivación política antifranquista fue mucho más allá del contexto del estado de excepción de 1968 y el proceso de Burgos. En sus narrativas, los testimonios señalan numerosos acontecimientos que determinaron su subjetividad política, como fueron el proceso 1001 contra la cúpula de CC. OO., el asesinato de Carrero Blanco, las ejecuciones de Salvador Puig Antich, los miembros de ETA (pm) Juan Paredes, Ángel Otaegi, y los del FRAP José Luís Sánchez, Ramón García y Humberto Baena.

Además de lo sucedido dentro del Estado español, muchos acontecimientos internacionales condicionaron la subjetividad política antifranquista, al ser piedras angulares de la construcción ideológica de las organizaciones antifranquistas de corte marxista y revolucionario y, por ende, de las personas que participaron en estas. Sobre ello, MA06 dice: “Las experiencias internacionales tuvieron una gran influencia en nosotros... las luchas internacionales nos ayudaron a mejorar nuestra lucha. Todos conocíamos las luchas y los logros de Argelia, Cuba, Congo y Vietnam. Sobre estos temas leíamos bastante literatura, obteníamos libros y revistas en Iparralde (País Vasco francés): los tratamos, los trabajamos y los tomamos como referentes. También el Mayo del 68 o la Revolución rusa”.

2.3. De los espacios juveniles a la militancia clandestina

Aunque la subjetivación política de muchos militantes antifranquistas se inició durante su infancia, en la adolescencia y la juventud se produce un tránsito hacia la clandestinidad determinado por grandes dosis de cotidianidad, aleatoriedad y vinculaciones afectivas y personales en espacios de politización concretos. En el tardofranquismo, la juventud se convierte en un motor político de cambio que rompe generacionalmente, y construye valores e ideales democráticos, contraculturales y contrarios al sistema. Esto se produce en la emergencia de nuevas pautas de identificación juvenil, y en procesos de socialización marcados por la organización y la movilización contra el régimen (Martín García, González Madrid y Ortiz Heras, 2009).

En Gipuzkoa, los espacios lúdicos, festivos y culturales; las salidas al monte, y los bares y conciertos fueron lugares de reivindicación y construcción de afectos ligados a lo personal y a la política. MA08 dice: “En los festivales musicales que se celebraban había poca fiesta y muchas reivindicaciones, caminábamos de pueblo en pueblo, escuchando a Laboa, Lete, etc. Así pasé en poco tiempo de un concepto prepolítico o social de injusticia a una visión política”. En este contexto, el movimiento juvenil de carácter estudiantil –muy importante en muchos lugares del Estado (Molinero e Ysàs, 1993)– no tuvo un gran impacto en Gipuzkoa, pero sí en las personas que allí participaron, ya que construyeron subjetividades desde el trabajo intelectual e ideológico, uniendo la reivindicación estudiantil, influida por la Francia de Mayo del 68, con el proceso general del movimiento antifranquista.

Anteriormente, hemos visto que dentro de la Iglesia se jugaron papeles diversos durante el franquismo. En contra de una jerarquía que apoyó a Franco desde la sublevación militar hasta su muerte, los locales de muchas iglesias fueron espacios de socialización juvenil donde se realizaron numerosas actividades culturales y lúdicas desde una concienciación ligada a la solidaridad cristiana, pero también se convirtieron en espacios de subjetivación política antifranquista. Muchos curas y párrocos nacionalistas trabajaron activamente en la recuperación de la lengua y la cultura vascas, y otros fueron conocedores, cuando no conniventes, de la utilización de locales parroquiales por parte de organizaciones clandestinas, donde se construyeron relaciones activistas con una gran carga emocional desde el debate, la organización y el diseño de acciones de propaganda y organización de la lucha antifranquista (Berzal de la Rosa, 2007). Fue así para todos los testimonios de este trabajo. MA11 dice: “Algunas veces los religiosos no se enteraban de lo que estábamos haciendo, especialmente las monjas, pero los frailes y curas, algunos no sabían, pero muchos otros sí, y por complicidad e implicación en la lucha, o haciendo la vista gorda (‘sin querer saber’), permitían que nos reuniéramos y planteáramos allí nuestros debates y nuestras acciones. Había muchos curas dentro de ETA, por esa concepción humanista del cristianismo que llevó a muchos a dar el salto a luchar contra Franco. En este sentido, el papel de la iglesia fue fundamental para que ETA pudiera funcionar”. Las Juventudes Obreras Católicas (JOC) y Herri Gaztedi fueron dos organizaciones juveniles que vivían bajo el amparo de la Iglesia y que, en el ámbito urbano y rural respectivamente, se convirtieron en espacios de oposición al franquismo ligados a la razón social y a la nacional (González de la Cruz, 2000; Zulaica, 1982).

Los espacios de socialización juvenil simbolizaron lugares donde se desarrollaron procesos de subjetivación política que condujeron a muchas personas a la clandestinidad de las organizaciones antifranquistas. Los testimonios señalan que los motivos que les llevaron a la clandestinidad fueron: los sentimientos de injusticia y de solidaridad ante la represión sufrida por cercanos y ajenos; la desobediencia a la autoridad franquista y eclesial; la predisposición a la lucha y la asunción de riesgos; las inquietudes sociales y políticas ligadas a ideologías democráticas y revolucionarias, basadas en los ideales de igualdad, libertad y solidaridad, y la satisfacción de la necesidad de pertenencia e identificación, mediante el gran fervor emocional de la participación política clandestina. Esta entrada a la clandestinidad se daba después de un momento clave, la captación, el instante donde una persona del entorno invita al/la joven a formar parte de una organización antifranquista.

Las personas que se convirtieron en militantes entraron en un universo antifranquista amplio, heterogéneo y dinámico, donde, como hemos visto, la razón nacionalista y la razón obrera convivieron de una manera compleja, con discontinuidades y ambivalencias (Romera, 2015). Así, nos encontramos con procesos de subjetivación política que se dan en el antifranquismo obrero, con la elaboración colectiva de una ideología de clase, marxista, a partir de la autoorganización obrera clandestina, el asamblearismo y la huelga. En este espacio, se produjo una creciente politización de la solidaridad obrera marcada por el activismo de vanguardia, la acumulación de experiencias y su cristalización organizativa en CC. OO. y los comités de fábrica, que a la postre sirvió como ejemplo para otros frentes de lucha contra el franquismo (Domènech, 2002). Estos espacios de subjetivación política obrerista emergen en una nueva sociología urbana-barrial-suburbial, en la que se cruzan identidades autóctonas y emigrantes en procesos de socialización política comunitaria. En estos espacios se generan acciones concretas de construcción barrial donde, a su vez, se elabora un nuevo corpus de significados políticos que enlaza las pérdidas del pasado con las aspiraciones futuras de dignidad y justicia social, dando continuidad al imaginario y la identidad antifascistas. Por último, en el espacio del antifranquismo nacionalista, en este periodo se produce una ruptura generacional tras la creación de ETA. Esta simboliza la recuperación y reelaboración del imaginario nacionalista, con la adopción de una ideología revolucionaria ligada al marxismo y el anticolonialismo, que plantea la necesidad de mantener actitudes activistas y regeneracionistas para recuperar el euskera y la cultura vasca, y aspirar a un Estado vasco independiente (Casanova, 2007; Bilbao, 2006; Lizarralde, 2012).

Desde mediados de los años 60, la intensidad de la lucha antifranquista provocó la multiplicación de organizaciones de corte revolucionario. En el País Vasco, muchas de estas se crearon tras sucesivas escisiones de ETA que se unieron a organizaciones de carácter estatal (ETA-Berri con el Movimiento Comunista para fundar el EMK, o ETA VI con la Liga Comunista Revolucionaria para crear ETA VI-LCR), mientras otras se generaron en el marco de las organizaciones que luchaban contra Franco en todo el Estado (OIC, ORT). La relación entre las distintas organizaciones clandestinas se desarrolló en la tensión entre la colaboración en espacios de lucha obrera y de solidaridad antirrepresiva, y el sectarismo, el escisionismo y faccionalismo. En los frentes obrero, cultural y barrial de la lucha antifranquista, se produjo una dialéctica entre el proselitismo y la necesidad de articular procesos y acciones conjuntas para derrocar al franquismo, tensión donde la militancia desarrolló su subjetividad política. Sobre ello, MA06 apunta: “Dentro del conjunto de organizaciones que luchaban contra Franco había una cuestión fundamental, la división y el cainismo”. Si bien en muchas ocasiones el sectarismo político emergía por matices tácticos, por egos personales o por la creencia de ser el único y verdadero “partido revolucionario” con la estrategia adecuada para terminar con Franco, esta división tuvo dos hilos conductores fundamentales, como fueron el papel de la lucha armada y la forma de resolver la disyuntiva entre nacionalismo y obrerismo. En este sentido, MA01 señala: “Fue la época donde se produjo la escisión de ETA, la VI asamblea. El debate fundamental estaba en la apuesta por abandonar la lucha armada y dar prioridad a una visión más obrerista de la lucha contra Franco, en contraposición con los que apostaban por una visión abertzalista y por mantener la lucha armada como elemento central... Escindirnos de ETA V nos llevó a ser tildados de españolistas en ciertos ámbitos, a pesar de considerarnos e identificarnos como abertzales, como activistas del movimiento de las Ikastolas. Esta situación afectó considerablemente en mi vida y en mi práctica política, y me llevó a afianzarme más en mis ideas”.

3.4. La centralidad vital de ser militante antifranquista

Los vínculos personales y afectivos, la amistad y el compañerismo, se mezclaban con el compromiso político en un conjunto de vivencias y acciones con gran carga emocional que hacían de la política el eje articulador de la vida. Ser antifranquista proporciona una fuente de identificación y de sentido vital básico, en una comunidad de significados y prácticas resistente a la violencia del Estado. La praxis da una conciencia de dignidad y legitimidad a un rol militante, se convierte en la pieza central de la vida de una generación de jóvenes cuya identificación, compromiso y capacidad de movilización permiten resistir la represión, el miedo y la amenaza, mediante la creación de un clima emocional militante basado en la rebeldía, la rabia, el orgullo y la solidaridad (Martín García, González Madrid y Ortiz Heras, 2009). Convertirse en militante antifranquista en la clandestinidad suponía estar dispuesto a padecer la represión. Era una elección de vida y de juventud que hacía de la lucha contra el franquismo el centro de la vida. En este sentido, MA15 afirma: “La militancia antifranquista desde la clandestinidad se convierte en una forma de vida, en una manera de vivir, era todo secundario, lo importante era hacer la revolución, acumular fuerzas para hacer un frente popular que tumbara el fascismo, desatar acciones para lograr la justicia cuanto antes, para acabar con Franco cuanto antes, organizar manifestaciones, huelgas, pintadas, repartir octavillas... Sabíamos que al militar nos la jugábamos, que podíamos caer y ser reprimidos, éramos conscientes que ahí estaba la posibilidad de ir a la cárcel, de ser torturados, de morir. Así era la clandestinidad”.

El clima emocional de la militancia era intenso y complejo, en una realidad dinámica que movía a las personas del miedo, la injusticia y la rabia, al orgullo, la ilusión y la esperanza. La subjetivación política antifranquista se desarrolló en el estado de alerta propio de la clandestinidad más o menos constante, ya fuera

por el hecho de ser vigilado y perseguido por la policía, el miedo a ser detenido y torturado, la tensión por el reparto de octavillas en manifestaciones o en el puesto de trabajo, por transportar material de propaganda, o por la incertidumbre y desconfianza ante las detenciones o desapariciones de compañeras. En tensión con esta orientación emocional negativa, la subjetivación política antifranquista se desarrolló bajo un apego emocional a la causa política revolucionaria y sus ideales, a los valores y libertades democráticas, y a la ilusión de poder construir una sociedad para desarrollarse en plenitud y sin miedos. Esta orientación emocional positiva marcada por la alegría, el orgullo y el sentido de posibilidad, se dio en los múltiples espacios donde se desarrollaba la actividad antifranquista, entre ellos, las asambleas donde se organizaban huelgas y movilizaciones populares, lugares donde se construía la conciencia popular antifranquista entre trabajadores/as a través de la acción, donde se canalizaba la desobediencia y la construcción de alternativas. Sobre la condición afectiva de la militancia antifranquista, MA01 señala: “Toda esta represión la vivíamos con angustia, con miedo, tras cada detención sentíamos una gran preocupación por los compañeros, y pensábamos que acabarían viniendo a por todos. Sentíamos impotencia por no poder hacer nada para impedir la tortura de nuestros compañeros, incertidumbre por no saber qué iba a ocurrirles y qué iba a ocurrirnos a nosotros, sentíamos que se estaban vulnerando nuestros derechos de reunión y de reivindicación. Pero a la vez también sentíamos la solidaridad hacia las personas detenidas y hacia las personas que luchábamos contra el franquismo... En aquel momento creíamos que nos íbamos a comer el mundo, que estábamos haciendo la revolución, que éramos los mejores, los salvadores del pueblo. Éramos unos ilusos, pero esa ilusión, esas creencias y esos sentimientos, nos hacían superar los miedos y la inseguridad que significa vivir en la clandestinidad, y seguir adelante con la lucha”.

El clima generalizado de rechazo social al franquismo en Gipuzkoa, unido al impacto de la represión, estaba detrás del gran reconocimiento personal y social, de la solidaridad con las/os militantes, y del estatus de heroicidad que se les otorgaba, lo que tenía un impacto afectivo en las personas para seguir en la lucha. Así, el sentido que la militancia antifranquista daba a la propia vida se veía reforzado por el apoyo social que sentían. Al respecto, MA07 señala: “La mitad de la gente en Euskadi tenemos a alguien que ha sido represaliado, perseguido, reprimido por el franquismo, y eso genera un clima social determinado que favorece el reconocimiento del militante. Te da un reconocimiento afectivo, personal, social, se te reconoce el mérito de jugártela, te da un estatus social, se te considera un poco como un héroe”. Un elemento importante que demostraba el apoyo social, en este caso en relación a ETA, era la respuesta social ante las acciones armadas. La legitimación social del uso de la violencia contra el franquismo era extensa, incluso entre sectores del PNV (Partido Nacionalista Vasco) y del clero (Fernández Hoyos, 2016). Así, MA09 dice: “La colaboración de estas personas era fundamental para la comunicación interna y el trabajo de la organización. El apoyo que teníamos como miembros de ETA por parte de gente cercana era grande; nos acogían en sus casas, nos daban apoyo... A modo de ejemplo, cuando Carrero Blanco fue asesinado, la gente aplaudió la acción, y entre ellos muchos eclesiásticos y políticos importantes acogieron con satisfacción aquel acto militar, aunque ahora lo nieguen”.

El componente afectivo de la subjetivación política antifranquista estaba vinculado con las relaciones personales, las acciones, y una serie de creencias sobre la política, el régimen y la oposición al mismo. En los espacios militantes se propulsó una lógica revolucionaria ligada a la ideología marxista, influenciada por propuestas leninistas, maoístas, guevaristas, trotskistas o tercermundistas, que en muchos casos se vinculó de manera dinámica con el nacionalismo o el soberanismo vasco. A pesar de ello, el armazón político del antifranquismo desde la profundización ideológica pudo ser menos fuerte y tener menos peso en la subjetivación militante que la urgencia y las necesidades del momento, y que la propia acción. Sobre ello, MA11 apunta: “A decir verdad, yo creo que lo que me ha hecho marxista no es tanto el leer sino la experiencia directa, de la comprensión de la situación social no desde los textos sino desde el trabajo sindical”.

Más allá de lo ideológico, de las creencias en torno a derechos y libertades, a la igualdad y la fraternidad, o al papel central de las clases populares en la construcción de un sistema democrático, hay varias creencias que determinaron la subjetivación política antifranquista, y que tienen que ver el “nosotros”, el “ellos” y el “momento”. Por un lado, la creencia de que el movimiento era más extenso y mayoritario, cuando la militancia clandestina era un espacio reducido, pero con un apoyo social mayoritario. Por otro, estaba la creencia de que la revolución estaba a la puerta de la esquina, que el franquismo tenía los días contados, y que tras su fin vendría una época donde cristalizarían los valores revolucionarios. Parte de esta creencia se sujetaba en pensar que el PNV y el PSOE (Partido Socialista Obrero Español) habían perdido la fuerza que tuvieron en la II República, al tener una presencia testimonial en el movimiento antifranquista, una creencia que se desvaneció tras las primeras elecciones democráticas de 1977, donde ambos partidos obtuvieron un apoyo mayoritario. Unido a ello, estaba la creencia de estar en posesión de una serie de verdades resolutivas sobre cómo debía abordarse la lucha antifranquista, de ser los verdaderos revolucionarios que traerían la salvación al pueblo oprimido, elemento fundamental para entender el sectarismo y el cainismo de la época. En relación a estas cuestiones, MA03 apunta: “Creo que manteníamos muchos dogmas, creíamos que éramos los verdaderos revolucionarios, que íbamos a hacer la revolución, y en realidad éramos 14 y la burra. Pensábamos que al franquismo había que darle la vuelta como fuera, y que solo se podía hacer desde una perspectiva revolucionaria, que las reformas no servían para nada ya que no se cambiaba nada serio”. El sistema de creencias y la ideología de la militancia antifranquista se construyeron desde la práctica, desde acciones concretas, en reuniones de célula de las orga-

nizaciones que se realizaban en el monte, en parroquias o en casas de militantes, y también en espacios amplios y plurales de los frentes obrero, cultural o barrial donde se organizaban movilizaciones, manifestaciones o huelgas. La subjetividad política de muchas personas también estuvo condicionada por ocupar espacios de responsabilidad en sus organizaciones, liderando estructuras, células, frentes de lucha o tareas de formación.

Para concluir, es fundamental señalar el papel jugado por la represión sufrida en el proceso de subjetivación política antifranquista. En las comisarías que pisaron los activistas detenidos por la Guardia Civil, o por la Brigada Político-Social de la Policía Nacional, especialmente en la comisaría de Amara en Donostia/San Sebastián, la práctica de la tortura era una cuestión sistemática. Todas las personas entrevistadas para la realización de este trabajo, a excepción de una de ellas, afirman haber sufrido malos tratos y torturas, tanto físicas como psicológicas, tras haber sido detenidas. Sobre ello, MA12 relata: “Mi primera caída fue en 1966. Fuimos 72 personas del PC, casi todo el PC de Guipúzcoa... , a la mañana siguiente vino el poli malo. Desde el principio, para saludar me dio dos hostias, me pidió información, le negué, me dio otras dos hostias. Me mandó a un rincón del despacho, y cada uno que entraba a despachar con él, te pegaba dos hostias, te daba patadas, y otra vez, te ponían mirando a la pared; y así estuve un día. Debía ser un ritual. Después me bajaron al calabozo, y abajo, los clásicos de los gritos, etc. Desde allí, me llevaron a Madrid, a la Dirección General de Seguridad: Puerta del Sol. Allí ya fue, mejor no recordar, pero muy desagradable; pasé dos días. Como empecé a orinar sangre, vino un médico a revisarme”.

Más de la mitad de los testimonios pasó por la cárcel como preso político, y expresan experiencias diversas que transitan desde lo espiritual a lo político, y que incluyen elementos de evolución personal e ideológica. La influencia en la subjetivación política pasó por el establecimiento de relaciones personales significativas que impactaron en la personalidad y en la construcción de su corpus ideológico. Para muchos antifranquistas, la cárcel supuso una “universidad”, una escuela de formación política que se dio a través de la lectura de textos, del debate con personas de diversas tendencias ideológicas dentro de una perspectiva revolucionaria, y por conocer la miseria que se escondía tras las vidas de muchos presos comunes. En relación a ello, MA08 indica: “Había una comuna que reunía a los presos nacionalistas, con estrictas normas disciplinarias. Al frente estaba el Zornotzarra Apraiz, que tenía un alto nivel de formación teórica, una persona encantadora. Estábamos ocupados todo el día. En las clases nuestro libro de referencia era *Iraultza*, publicado por ETA VI. Mi universidad de juventud fue la cárcel. Casi podría decir que me dio cierta tristeza salir a la calle después de cumplir la condena. De cualquier manera, salí de allí con un convencimiento marxista apasionado”. A pesar de ello, en la cárcel de Martutene en Donostia también se vivió el sectarismo que caracterizaba en gran medida la lucha antifranquista en el territorio de Gipuzkoa, con comunas separadas entre los militantes de ETA, los del EMK y los del PCE.

4. Reflexiones finales

El presente artículo nos muestra procesos de subjetivación política de la militancia antifranquista como un fenómeno dinámico, determinado por un elevado número de factores estructurales, socioculturales y psicológicos vinculados entre sí, y materializados en unidades psíquicas individuales que se desarrollan a través de trayectorias vitales y de experiencias concretas, cuestión que nos lleva a plantear la validez del acercamiento a la subjetividad de González-Rey (2008, 2012), y de las PN como herramienta metodológica para profundizar en situaciones complejas desde la construcción de relatos legitimados.

Para concluir el trabajo, queremos rescatar dos cuestiones esenciales que pueden extraerse del conjunto de testimonios. Por un lado, observamos que la subjetividad política antifranquista se desarrolla en la tensión entre lo instituido y lo instituyente. Podemos caracterizar lo primero entendiendo el franquismo como un régimen totalitario guiado por la doctrina del nacionalcatolicismo, un régimen que ejerció una gran represión social, cultural y política, y que entre 1965 y 1975 mostró una serie de divisiones internas e incapacidades para dar respuesta a las demandas de una nueva sociología urbana que emergía del éxodo rural y la progresiva industrialización. Ante el nuevo antifranquismo sesentista y setentista, el régimen optó por un repliegue represivo que alimentó la conciencia colectiva sobre la necesidad del cambio político. Por su parte, lo instituyente en el País Vasco es el conjunto de lógicas antifranquistas que emergen de la vinculación dinámica entre tres imaginarios socialmente (re)construidos, como son el obrero/socialista, el nacionalista/*euskaltzale* y el católico humanista/marxista, imaginarios que son la base desde la que se construyen comunidades de sentido y una identidad antifranquista vasca diversa, plural y heterogénea.

Esta lógica instituyente se produce en la interrelación de cuatro frentes de lucha fundamentales. En primer lugar, el movimiento obrero absorbe la acumulación de experiencias de lucha, y genera nuevas lógicas de organización, acción y creación de significados compartidos, con una vanguardia obrera reforzada que es capaz de articular un movimiento amplio a través de las CC. OO. y los comités de fábrica. Este movimiento se da en el marco de la progresiva industrialización, con la que nace una nueva cultura urbana barrial/suburbial, donde el asociacionismo vecinal cataliza la reivindicación de condiciones dignas de vida, y favorece la emergencia de identidades colectivas mestizas que caracterizarán el cambio sociológico de la Gipuzkoa de la época. En tercer

lugar, el movimiento cultural genera una dinámica de recuperación del euskera y la cultura vasca, siendo las Ikastolas la punta de lanza de este. Por último, el movimiento juvenil, progresivamente secularizado e influenciado por la coyuntura internacional, se convierte en un motor de transformación, donde la rebeldía se unió al sentido de necesidad y posibilidad de cambio, y generó una cultura de la protesta y una proyección de un futuro emancipador basado en derechos y libertades. La tensión entre estos espacios y un régimen inestable y represor fue determinante para la emergencia de un verdadero movimiento de masas durante los años 70. Con él, el antifranquismo tomó el espacio público liderado por un conjunto de organizaciones de carácter revolucionario, ideológicamente situadas en el espacio socialista, comunista y libertario, cuyas relaciones se mantuvieron entre el sectarismo y la necesidad de colaborar y trabajar unidas contra el franquismo.

La segunda cuestión hace referencia a la posibilidad de entender las subjetivaciones políticas antifranquistas desde trayectorias vitales heterogéneas, con influencias múltiples desde la infancia hasta la entrada en la clandestinidad. Las PN nos llevan a subjetividades militantes de resistencia y lucha que comparten un elemento fundamental: la entrega de la propia vida y la creación de un sentido de existencia integral alrededor del antifranquismo y la propia organización. A través de los testimonios observamos cuatro cuestiones elementales que envuelven este compromiso vital. En primer lugar, vemos un universo simbólico-representacional amplio, donde confluyen creencias revolucionarias, democráticas y nacionalistas, basadas en ideales de libertad, igualdad y solidaridad, en la recuperación de la lengua y la cultura vasca, y en la necesidad y posibilidad de cambio político. Este universo simbólico aparece asociado a una política de las pasiones compleja, propia de la militancia clandestina, caracterizada por la ansiedad, el miedo y la alerta constante ante la represión; el odio, la rabia y la injusticia hacia el régimen, y la alegría, el orgullo y la identificación que provocaba formar parte del antifranquismo militante. Este conjunto simbólico-emocional se articuló desde la experiencia concreta de la cotidianidad, en el repertorio múltiple de acciones, desde las reuniones de célula, los espacios de formación de las organizaciones, las acciones de propaganda y proselitismo, la organización de grupos de trabajadores o vecinos y la participación en huelgas o movilizaciones. Además, la estructura simbólica-emocional antifranquista se produjo en el conjunto de relaciones y vínculos activistas, es decir, desde la afinidad, la camaradería, la amistad y los lazos afectivos que producía la vivencia conjunta y colectiva de la lucha contra el franquismo.

5. Bibliografía

- Adra, A, C. Harb, M. Li, M. y A. Baumert (2020): "Predicting collective action tendencies among Filipina domestic workers in Lebanon: Integrating the Social Identity Model of Collective Action and the role of fear", *Group processes & intergroup relations*, 23(7), pp. 967-978. Disponible en: <http://doi.org/10.1177/1368430219885180>. [Consulta: 14 de junio de 2020].
- Berzal de la Rosa, E. (2007): "Católicos en la lucha antifranquista. Militancia Sindical y Política", *Historia del presente*, 10, pp. 7-24.
- Balash, M. y M. Montenegro (2003): "Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas", *Encuentros en Psicología Social*, 1(3), pp. 44-48.
- Bilbao, K. (2006): *Crónica de una izquierda singular (De ETA-berri a EMK-MC y a Zutik/Batzarre)*. Disponible en: <https://www.kepabilbao.com/wp-content/uploads/2020/03/Cronicadeunaizquierdasingular.pdf> [Consulta: 12 de mayo de 2009].
- Bonvillani, A. (2017): "Pensar en la intemperie. Tensiones ontológicas-epistemológicas y metodológicas en la producción de la subjetividad política", *Quaderns de Psicologia*, 19(3), pp. 229-240.
- Buces, J. y J. Aguirre (Coord.) (2018): *1968, Gipuzkoa en Estado de Excepción*, Donostia, Aranzadi.
- Carrasco, E. M. (2022): "A Proposal for the Micro Regional Analysis of Violence, Subjectivities and Conflict", *Economía, sociedad y territorio*, 22(68), pp. 207-235.
- Casanova, I. (2007): *ETA, 1958-2008: medio siglo de historia*, Tafalla, Txalaparta.
- Casquete, J. y J. L. De la Granja (2012): "La celebración de la patria vasca: invención y evolución del Aberri Eguna", en L. Mees, ed., *La celebración de la nación. Símbolos, mitos y lugares de memoria*, Granada, Comares Historia, pp. 135-157.
- Castells, L. J., A. Hernando, F. Izaola, R. Juaristi, E. López e I. Zubero (2018): *Gipuzkoa, inmigración e integración. Las migraciones internas y sus aportaciones al desarrollo de Gipuzkoa (1950-1975)*, Bilbao, Ramón Rubial Fundazioa.
- Delgado, A. (2014): "Co-operatives and education in the Basque Country: the ikastolas in the final years of Franco's dictatorship", *History of Education*, 43(5), pp. 676-690. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/0046760X.2014.941420>. [Consulta: 21 de enero de 2019]
- De Pablo Lobo, C. (2007): "La depuración de la educación española durante el franquismo (1936-1975). Institucionalización de una represión", *Foro de Educación*, 9, pp. 203-228.
- Domènech, X. (2002): "El cambio político (1962-1976). Materiales para una perspectiva desde abajo", *Historia del Presente*, 1, pp. 46-67.
- Etxeberria, F., C. Martín Beristain y L. Pego (2017): *Proyecto de investigación de la tortura y los malos tratos en el País Vasco entre 1960-2014*, Vitoria/Gasteiz, Gobierno Vasco.
- Fernández Hoyos, F. (2016): *La cárcel concordataria de Zamora: una prisión para curas en la España franquista*. Disponible en: <https://www.euskalmemoriadigitala.eus/bitstream/10357/47698/1/La%20carcel%20concordataria%20de%20Zamora.pdf> [Consulta: 18 de febrero de 2020]
- Gallego F. y F. Morente (eds.) (2005): *Fascismo en España*, Barcelona, El Viejo Topo.
- Gandarias Goikoetxea, I. y N. García Fernández (2014): "Producciones narrativas: una propuesta metodológica para la investigación feminista", I. Mendia, M. Luxán, M. Legarreta, G. Guzmán, I. Zirion, J. Azpiazu, eds., *Otras formas de (re) conocer. Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista*, Bilbao, Hegoa, pp. 97-110.

- González de la Cruz, J. (2000): “Del compromiso social al obrerismo nacionalista: la JOC durante el Franquismo en el País Vasco”, *Vasconia*, 30, pp. 273-281.
- González Pérez, T. (2009): “Los programas escolares y la transmisión de roles en el Franquismo: la educación para la maternidad”, *Bordón*, 61(3), pp. 93-105.
- González-Rey, F. (2008): “Subjetividad y psicología crítica: implicaciones epistemológicas y metodológicas”, en B. Jiménez Domínguez, comp., *Subjetividad, participación e intervención comunitaria. Una visión crítica desde América Latina*, Argentina, Paidós, pp. 31-54.
- González-Rey, F. (2012): “La subjetividad y su significación para el estudio de los procesos políticos: sujeto, sociedad y política”, en C. Piedrahita Echandía, Á. Díaz Gómez y P. Vommaro, comp., *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos*, Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, pp. 11-30.
- González-Rey, F. (2013): “Subjetividad, cultura e investigación cualitativa en psicología: la ciencia como producción culturalmente situada”, *Revista Liminales*, 2(4), pp. 13-38. Disponible en: <https://doi.org/10.54255/lim.vol2.num04.233>. [Consulta: 18 de octubre de 2016]
- González-Rey, F. y A. Mitjans (2016): “Una epistemología para el estudio de la subjetividad: sus implicaciones metodológicas”, en *Psicoperspectivas, individuo y sociedad*, 15(1), pp. 5-16. Disponible en: <https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol15-Issue1-fulltext-667>. [Consulta: 6 de noviembre de 2019].
- Gramsci, A. (1981): *Cuadernos desde la cárcel*, Puebla, Ediciones Era/Benemérita.
- Lieblich, A., R. Tuval-Mashiach y T. Zilber (1998): *Narrative research*, Nueva York, Sage.
- Lizarralde, I. (2012). *Teoría francesa y táctica y estrategia del MLNV (1967-2009)*, Tesis doctoral inédita, Universidad del País Vasco, Vitoria/Gasteiz.
- Martín García, O., C. González Madrid y M. Ortiz Heras (2009): “Envenenando a nuestra juventud. Cambio de actitudes y militancia juvenil durante el segundo Franquismo”, *Historia Actual OnLine*, 20, pp. 19-33.
- Martínez, M. C. y J. Cubides (2012): “Acercamiento al uso de la categoría ‘subjetividad política’ en procesos investigativos”, en C. Piedrahita Echandía, Á. Díaz Gómez y P. Vommaro, comp., *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos*, Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, pp. 169-190.
- Martínez Zauner, M. (2016): “*La Comuna*” de los presos: memorias de la resistencia en el tardofranquismo, Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Melucci, A. (1995): “The Process of Collective Identity”, en H. Johnston y B. Klandermans, eds., *Social Movements and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 4163.
- Molinero, C. y P. Ysàs (1993): “Movimientos sociales y actitudes políticas en la crisis del Franquismo”, *Historia Contemporánea*, 8, pp. 269-279.
- Morin, E. (1995): *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa.
- Nicolescu, B. (2002): *La Transdisciplinariedad. Manifiesto*, París, Ed. Du Rocher.
- Romera, J. C. (2015): *Génesis y desarrollo del pensamiento antifascista en tres generaciones durante la dictadura franquista: la razón social. Estudio de infancia y juventud de las clases populares antifascistas en Bizkaia y Gipuzkoa*, Tesis doctoral inédita, Universidad del País Vasco, Vitoria/Gasteiz.
- Sabucedo, J. M., M. Durán, M. Alzate e I. Barreto (2011): “Emotions, Ideology and Collective Political Action”, *Universitas Psychologica*, 10(1), pp. 27-34.
- Saz, I. (2004): *Fascismo y Franquismo*, Valencia, Universidad de Valencia.
- Salas, M. (2019): “Juicios para la historia (V). El proceso de Burgos”, *Sin Permiso*, Disponible en: <https://www.sinpermiso.info/textos/juicios-para-la-historia-v-el-proceso-de-burgos> [Consulta: 27/10/2019]
- Tajfel, H. y J. C. Turner (1986): “The Social Identity Theory of Intergroup Behavior”, en S. Worchel y W. G. Austin, eds., *Psychology of intergroup relations*, Chicago, Nelson-Hall, pp. 7-24.
- Van Zomeren, M. (2021): “Toward an Integrative Perspective on Distinct Positive Emotions for Political Action: Analyzing, Comparing, Evaluating, and Synthesizing Three Theoretical Perspectives”, *Political Psychology*, 42(1), pp. 173-194. Disponible en: <https://doi.org/10.1111/pops.12795>. [Consulta: 12 de abril de 2022]
- Ysàs, P. (2007): “¿Una sociedad pasiva? Actitudes, activismo y conflictividad social en el Franquismo tardío”, *Ayer*, 68(4), pp. 31-57.
- Ysàs, P. (2008): “El movimiento obrero durante el Franquismo. De la resistencia a la movilización (1940-1975)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 30, pp. 165-184.
- Zulaica, J. (1982): *Itziar: The Cultural Context of Basque Political Violence*, Tesis doctoral inédita, Princeton University, Nueva Jersey